

**Y BERNARDO DE GÁLVEZ
ENTRÓ EN WASHINGTON**

FRANCISCO REYERO

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Esperanza Cerdá Instituto Franklin-UAH

COMITÉ ASESOR

Julio Cañero	Instituto Franklin-UAH
Jesús García Laborda	Instituto Franklin-UAH
José Antonio Gurpegui	Instituto Franklin-UAH
Luisa Juárez	Instituto Franklin-UAH
José Morilla	Instituto Franklin-UAH
Manuel Peinado Lorca	Instituto Franklin-UAH
Francisco Sáez de Adana	Instituto Franklin-UAH
Miguel Ángel de Zavala	Instituto Franklin-UAH

COMITÉ EDITORIAL

Ana Lariño	Instituto Franklin-UAH
Ángela Suárez	Instituto Franklin-UAH

AGRADECIMIENTOS

El libro no hubiera sido posible sin la ayuda desinteresada y constante de Teresa Valcarce Graciani, Manuel Olmedo Checa, la familia Madocks (Bryan, Pam, Maggie y Wes) y sin la generosidad de Victoria Arbizu, Luis Alfonso DuLuc, Ludmilla Ortega y Enriqueta Vila, desprendidos y confiados a cambio de nada. Igualmente agradezco la ayuda de Marilar de Andrés, José María Arenzana, Pedro Bosquet, Mercedes Ceballos, Christopher Cockrum, John Espinosa, Merrilee Espinosa, Richard Espinosa, Nicolás Fontanilla, Nancy A. Fetterman, Gonzalo García, Sonya Gavankar, Javier Gómez, Miguel de Kanter, José Manuel Guerrero Acosta, Nam Harper, Larry “Buddy” Johnson, Mark Levine, Hernán Martín, Lucas Martín Jurado, Alex Mckechnie, Alfredo Menéndez, María de Molina Álvarez de Toledo, Meredyth Moore, Isabel Naranjo, Joe Norton, Mercedes Oceja, Eric Oesch, Marta Olea, Manuel Olmedo Rangel, Beatriz “Beita” Pagazaurtundúa, Mark Parascandola, Fernando Ríos, María T. Rocha, Chano Ruiz, Alex Segura, Jenni Shrum, Mary Anthony Starz, Alfredo Valenzuela, Becky Weintz y todos aquéllos que arrimaron el hombro en este periplo viajero que se prolongó desde octubre de 2018 hasta febrero de 2019 entre Madrid, Fort Worth, Oklahoma City, Filadelfia, Washington, Houston, Nueva Orleans, Pensacola, Galveston, Nueva York, Sevilla, Macharaviaya y Málaga.

Los editores y el autor de este libro quieren agradecer expresamente la generosidad de Augusto Ferrer-Dalmau, cuyo cuadro, La Marcha de Gálvez, ilustra la portada.

Para Yolanda, Jeff-Nico, Jordan, Corey y el insaciable Gato.
Casa España en OKC.
Thunder up!

ÍNDICE

CAPÍTULO I

Never heard of Bernardo de Gálvez? Exactly!..... 11

CAPÍTULO II

Haciendo un mandado en el Capitolio 31

De cómo Teresa supo de Bernardo de Gálvez 36

CAPÍTULO III

Ciudadano honorario 59

CAPÍTULO IV

Gálvez, de la escuela a la Ópera 77

ANEXO

Breve anotación Histórica: *The American Revolutionary War* 85

El Gobernador Gálvez se prepara para la guerra 91

REFERENCIAS 95

NOTAS 102

“Este es un héroe real que hizo tanto por Estados Unidos como por su país,
España. No es que estemos explotando lo que pasó.
Esto es historia: la historia sucede y cambia nuestro futuro”

(Jeff Miller, congresista republicano que presentó y defendió la propuesta de
concesión de la ciudadanía honoraria de los Estados Unidos ante el Congreso de los
Estados Unidos para Bernardo de Gálvez en 2014).
(Entrevista personal).

“Mis soldados carecen de todo lo necesario para la Guerra”
(George Washington, en los primeros días de la American Revolutionary War).
(Cita incluida en *Washington Papers*).

FE DE ERRORES

“Los periodistas nos dejamos llevar por la imaginación y creemos que con
dos vértebras se reconstruye un diplodocus
cuando es obvio que hacen falta más”

(André de Fontaine, Director de *Le Monde*, agosto de 1990).

(Cita incluida en *Contra Periodistas* de Màrius Carol).

CAPÍTULO I

*Never heard of Bernardo
de Gálvez? Exactly!*

“El español que no conoce América no sabe lo que es España”
(atribuido a Federico García Lorca).

CAPÍTULO I *NEVER HEARD OF BERNARDO DE GÁLVEZ? EXACTLY!*

No sé exactamente cuánto valor tiene este libro, que cuenta el renacimiento promocional de un español olvidado durante más de dos siglos y su apabullante ascenso a los muros del Capitolio de los Estados Unidos. Hace unos años era un exiliado de la propia historia norteamericana que él forjó después de vivir, hoy se diría ¡apenas!, cuatro intensas décadas.

Bernardo de Gálvez ha entrado en Washington y se despliega por todo el Golfo de México, a la sombra de la vieja y descomunal provincia hispana de La Luisiana. Es como si alguna ciudad (Los Ángeles, San Francisco, San Diego...), hoy bajo el imperio del neón y las carreteras, se descolgara del callejero y al caer lo hiciera con un sonoro deje familiar, eximida de la imposición anglo.

En aquellos meses de 2014, cuando su nombre bullía cada vez con más fuerza en los círculos del poder federal, en el torbellino de los despachos de la Cámara de Representantes y del Senado, un reportero de *Los Angeles Times*, Richard Simon, escribió una crónica reivindicativa de su figura en la que se preguntaba capciosamente: “*Never heard of Bernardo de Gálvez? Exactly!!!*” (A6).

Las vidas, en verso medido de Juan Ramón Jiménez, no acaban, se completan con la muerte:

Yo no seré yo, muerte, / hasta que tú te unas con mi vida / y me completes así todo;
/ hasta que mi mitad de luz se cierre / con mi mitad de sombra -y sea yo equilibrio
eterno/en la mente del mundo/: unas veces mi medio yo, radiante/ otras, mi otro
medio yo, en olvido/Yo no seré yo, muerte/hasta que tú, en tu turno, vistas/ de
huesos pálidos mi alma (114-115).

Apodado por la prensa norteamericana *The Little Known Hero* (Simon A6), la existencia de este individuo de sublime arrojo, pundonor e instrucción militar se completó la noche del 30 de noviembre de 1786 al ser vencido, cuando era el virrey de la Nueva España, “por una enfermedad que nunca se cita”, según dejó escrito Porras Muñoz (311).

Cuando aquel verano todavía estaba en alto, Gálvez le vio la cara a la muerte. Llegado el 13 de octubre, pidió a su ayuda de cámara que lo afeitara, se vistió con el

uniforme de general y se dispuso a recibir la extremaunción en sus aposentos; mientras, una procesión desfilaba hasta la catedral con el palio del Santísimo.

En la víspera de su último mes, llevado en una litera, fue a retirarse al Palacio del Arzobispo de Tacubaya. Desde allí dispuso su último tiempo para organizar la ausencia. Repartió la herencia, quiso garantizar el bienestar a su familia, liberó a dos esclavos, Pierre y Bartelemi, recompensó a los pajes y cedió la firma de la administración de la Nueva España. La noche final de noviembre, con las campanas de la capital doblando y la artillería anunciando su vacante, una carroza acristalada, escoltada por seis alabarderos a izquierda y a derecha e iluminada por una luz de cien cirios, alcanzó por última vez el Palacio Virreinal. En el salón principal, tapizado de damasco carmesí, Bernardo de Gálvez estuvo expuesto durante tres días. Sonaron los cañones hasta su entierro en la Santa Iglesia Metropolitana, como recuerda Porras Muñoz. En mayo de 1787 fue trasladado a la Iglesia del Colegio Apostólico de San Fernando, en la ciudad de México, donde desde tres años antes reposaban los restos de su padre, Matías, que le precedió como máximo responsable de la corona en la Nueva España. Había alcanzado los más altos cargos en la corte de Carlos III, había demostrado bravura e inteligencia, había resultado decisivo en la Independencia de los Estados Unidos, había conocido el amor de ultramar, la ambición, la envidia, el patriotismo y las intrigas de la corte; fue conde de Gálvez y vizconde de Galveston; demostró un práctico personalismo, trotó la inmensidad americana. De esta forma, estuvo completo.

Quizá la desmemoria añadida un marchamo de perfección al requisito altruista del héroe, pero hoy, fuera ya del olvido, Gálvez se pasea pimpante por la estricta democracia norteamericana, desenvuelto de los rigores de su época, la época de un militar al servicio de una monarquía absoluta.

Sea hecha aquí la acotación de héroe español sabiendo por Benito Pérez Galdós que los héroes muestran dos victorias: una contra el tiempo y otra sobre las banderas.

El hoy más conocido de los retratos galvecianos no deja atisbar esa heroicidad: vestido a la moda o a la francesa, por el atuendo que impuso el rey Luis XIV a partir de 1665, el general luce una casaca abierta y calzones negros. Los extremos de su chupa roja, un chaleco rematado por un pañuelo de encaje a modo de corbata, están bordados en hilo de oro. Al fondo descansa sobre una mesa el obligatorio sombrero de estatus y asoma el bastón de mando. Con botones dorados, según la obligatoria representación –bañados en plata o en otro metal, en algunas ocasiones–, luce en el pecho la Orden de Carlos III, con su banda azul claro y una imagen de *la Inmaculada Concepción de Murillo*, la misma que llevó a su tumba. El distinguido atuendo, el uso de la peluca, aquí empolvada y levemente rizada en los extremos, como explica Bárbara Rosillo –doctora en Historia del Arte y experta en moda dieciochesca–, nos conduce a un retrato de

aparato, al esquema de un hombre del poder del Imperio español del siglo XVIII. Gálvez fue mucho más complejo, tanto como su época.

En nuestro tiempo ya resulta más profiláctica, más productiva y más comercial la creación del héroe en una escudería de ficción. El héroe real está hecho con sus tripas y sus cruces, con acrisoladas virtudes e inevitables defectos. El escritor de epitafios siempre los ignora; bien porque teme no ser recompensado por sus servicios, bien porque quiere procurarse algún *best-seller* en su especialidad.

En cuestión de heroicidades aumentadas de talla, Francia, Inglaterra y Estados Unidos se han incensado sin rubor y, por añadir más, Portugal, que incluso cedió la excelencia poética de Luís de Camoens a un piratuelo como Vasco de Gama, convertido gracias a la virtud de la pluma en un ser nacido en el Olimpo portugués, según cuenta la americanista Enriqueta Vila: “trabaja por mostrar Vasco de Gama que la gloria de mar que en más se estima, no merece tan grande gloria y fama, cual la suya, que al cielo se sublima” (Camóes 151).

De no haberse difuminado en la hora postrera, de haber disfrutado entonces de este nuevo y huracanado esfuerzo sobre su reputación, el nombre ilustrado y nobiliario de Bernardo podría ser algún trazo de *La apoteosis de Washington* con la que Constantino Brumidi decoró la cúpula de la *Rotunda del Capitolio*. Ya puestos a mover el incensario...

La gloria, que enloquece a algunos hombres con la fantasmal posibilidad de engañar a la muerte, fue de este Gálvez, en unos años en los que no existía el tránsito (la adolescencia) entre la infancia y la edad adulta: nacido en Macharaviaya, en la Axarquía malagueña –localidad actualmente a unos 28 kilómetros de la capital, Málaga–, el 23 de julio de 1746, a los 16 años ya batallaba con la infantería española. Comenzó su carrera siendo un soldado de origen andaluz que se enfrentaba a las tropas portuguesas mientras aprovechaba las circunstancias para aprender francés.

En los años que prestó servicio, mientras acumulaba galones y responsabilidades, no cayó por el plomo de Argel, ni por las flechas que los nativos americanos lanzaban a los presidios españoles de Nuevo México ni por el fuego de los cañones que en la verde Florida de magnolios, robles y pinos disparaban los británicos. Estas contingencias las esquivó con bastante fortuna o contó con el error enemigo o se recuperó de las marcas de sangre que le dejaron las batallas.

Su toma de la Bahía de Pensacola (Panzacola, 8 de mayo de 1781), enclave de Florida, hoy casi fronterizo con el estado de Alabama, coronó su estrategia de arrebatar el control del Mississippi a los ingleses; la extensión del río cerraba el flanco oeste de la Guerra de la Independencia estadounidense y quedó a disposición de los revolucionarios que seguían a George Washington. La decisión de intervenir en Pensacola se dilató varios meses, motivada por discrepancias entre los miembros de la

Junta Militar española, ubicada en La Habana y también por adversidades climáticas. Esta operación castrense es el clímax de la personalidad decidida de Gálvez. Francisco Morales Padrón editó los escritos del deslumbrante Francisco de Saavedra, amigo y diplomático brillante, sobre este episodio histórico. Saavedra fue el enviado del Rey para armonizar las decisiones de la Corona en la zona.

El siguiente, un texto que refleja alguno de los problemas mencionados, fue redactado a finales de 1780, meses antes del sitio del enclave de Florida:

Esta tarde paseé con don Bernardo de Gálvez: hablamos dilatadamente sobre la expedición de Panzacola y me confió su plan de ataque, que me pareció bien combinado pero siempre fui de sentir que las fuerzas con que contaba no eran adecuadas al intento, pues juntas las tropas que sacaba de La Habana con las que se le habían de reunir de La Luisiana y la Mobila no llegaban a tres mil hombres, cuando los ingleses tenían allí de guarnición dos regimientos veteranos y aguerridos, el auxilio de muchas naciones de indios amigos y de un día a otro podían ser socorridos de Jamaica. Él conocía mejor que yo la insuficiencia de sus medios; pero no se atrevía a pedir más tropa por no dilatar la salida de la expedición; yo quedé en agenciarle, después de su salida, algunos refuerzos de gente y bajeles de guerra, especialmente si se llegaba a traslucir que los ingleses enviasen socorro a la Plaza (Morales Padrón 140).

La centelleante victoria de Pensacola -enclave bautizado como Panzacola, en tiempos del dominio español- allanó la victoria de Yorktown, donde lord Cornwallis rindió al ejército inglés ante el norteamericano. ¿Por qué Bernardo de Gálvez llevó a cabo tan audaz despliegue militar? ¿Por qué ayudó con tanto ahínco a los revolucionarios? ¿Temía la Corona la expansión de los nacientes Estados Unidos y quiso asegurar La Luisiana preservándola de los ingleses, primero, y de los norteamericanos, después? ¿Quién predijo que la Guerra de la Independencia de las trece colonias sería (mucho) más que una parte de un lejano conflicto de Europa? España llegó a proponer una tregua de años que incluía una conferencia de paz en Madrid y contemplaba la participación de Estados Unidos. Pero, finalmente, Carlos III declaró la Guerra a Inglaterra en un escrito firmado por José de Gálvez, el todopoderoso tío de Bernardo. En él se “manifiestan los justos motivos de su Real resolución de 21 de junio de 1779, autorizando a sus vasallos americanos para que, por vía de represalias y desagravio, hostilicen por mar y tierra a los súbditos del Rey de la Gran Bretaña” (De Gálvez 1). En la resolución, Carlos III da por hecho que sus súbditos americanos “darán las pruebas más evidentes de su fidelidad y amor a la defensa del Estado, a la ofensa de los invasores y enemigos de él, y a la gloria y esplendor de mis armas, como que en ello se interesan directamente sus haciendas, sus vidas y su religión (...)” (Real Cedula S.M. 7)

The Daily Picayune, el rotativo de Nueva Orleans de la época, recordó, a finales del XIX algunos rasgos típicos del temperamento galveciano. Al querer emprender la larga marcha que le llevaría a la conquista de jalones esenciales en el Mississippi, Gálvez reunió a una multitud en la Plaza de Armas y con una espada desenvainada en una mano y su nombramiento de gobernador en la otra, preguntó: "compareceré ante el Cabildo con la encomienda que he jurado cumplir. Llevaré esta misión adelante. ¡Qué me sigan los que lidero!" (*The Daily Picayune* 18). Sus predecesores al frente de la gobernación de La Luisiana tuvieron que pechar con la gestión de lo que en expresión inglesa se conoce como un *white elephant*, un patrimonio de grandes dimensiones, costoso y que o no está debidamente rentabilizado o es difícil de rentabilizar. Pero, además de tratar de administrar el "elefante blanco", que se extendía, de Sur a Norte, desde el Caribe hasta Canadá, Gálvez tuvo que sufrir los estragos de la guerra. Aunque al comienzo del conflicto ni siquiera notables militares americanos en el frente sur como George Roger Clark o James Willing tenían claras sus atribuciones, el militar se mostró decidido a apoyar a los revolucionarios.

Esta forma de vivir, "a lo Gálvez", desborda la literatura para entrar en territorios legendarios. Su existencia, incluso contada sin adornos, se confunde con la de un personaje puramente romántico. A Saavedra se le suscitó esta misma sensación cuando, en uno de sus primeros encuentros, Bernardo rememoró peripecias militares: "íbamos a caballo y tuve una marcha muy divertida porque me contó varios pasajes de su vida, que era una verdadera novela" (Morales Padrón 81).

Aunque su vida y su obra han sido debidamente estudiadas por investigadores de distintos países, sus incomparables gestas y su nombre habían ido menguando. Por extensión y grados, su espacio había quedado restringido a Macharaviaya, a la provincia de Málaga, a España, a conocedores mexicanos y norteamericanos y a algunos entusiastas grupos de apoyo malagueños, texanos o de Florida.

En 1935, John Walton Caughey publicó una aproximación biográfica en Estados Unidos, *Bernardo de Gálvez in Louisiana*. *Los Angeles Times* tituló una crítica positiva hacia el libro *Local Historian Tells of Spanish in Louisiana* y recalcó el olvido que ya en aquellos años resultaba flagrante:

El volumen es importante no sólo porque devuelve a la vida a una personalidad que ha sido incomprensiblemente ignorada no solo por los biógrafos populares y por los académicos, sino también, por el contexto histórico del área del Mississippi y Nueva Orleans durante la Guerra de la Independencia, que nunca ha sido explicado al público a la luz de la verdad.

La profesora María Elvira Roca Barea, natural de El Borge, localidad malagueña a unos treinta kilómetros del lugar de nacimiento de Gálvez, rememora que las clases

de EGB de mediados y finales de los setenta de los colegios de pueblos vecinos solían visitar la Iglesia de San Jacinto y la cripta de los Gálvez. Allí descansan los restos de su tío, José de Gálvez, el *factotum* de la familia y el gran hacedor de Carlos III. Roca Barea señala, “creo que las únicas personas que lo recordaban eran los habitantes de la Axarquía, de la comarca, de las localidades de alrededor. Los alumnos íbamos en algún momento en sexto, séptimo u octavo a ver el pasado de los Gálvez”.

Para estos escolares, el apellido rezumaba un aire legendario, tan legendario que Roca Barea creyó durante parte de su infancia que nombraba a seres imaginarios: “Nos contaban aquellas historias que estaban llenas de cuentos mitológicos y que parecían tan fantasiosas, pero, en este caso, resultó que no. Recuerdo bien el día que descubrí que Bernardo era de verdad. Porque yo creía que era sólo un personaje”.

Atendiendo a los recuerdos de la escritora, el militar fue durante un tiempo otro episodio del legendario romancero castellano, como Gerineldo, una narración que en algún momento arrancó de la realidad, pero pronto se fue desviando por la musicalidad y la mixtificación de la tradición oral. Gerineldo y sus temerarios amores con Enma, la hija de Carlomagno, no tenían nada que ver con la vida vivida de Bernardo. Entonces, repentinamente, la profesora Roca Barea lo separó del mundo de las fantasías:

Recuerdo bien cuando abrí un libro y leí: ‘Bernardo de Gálvez, Macharaviaya’ y dije: ¡Ostras, éste es de verdad! No es como Juanillo El del Pijama. Estoy hablando con total seriedad. En este caso se ha hecho un trabajo gigantesco porque había que desempolvarlo todo, entero.

Gálvez es el fulgor –poco cantado– de cuatro décadas de dedicación militar y política, academias castrenses, regimientos, geografías europeas, africanas y especialmente indianas, dones humanísticos, creencias ilustradas y un amor oficial con María Felicitas de Saint-Maxent, la hija de un rico mercader de origen francés. Una existencia en “tres mundos”, como acotó Juan Ramón Jiménez para referirse a los españoles de América y a los americanos de España. Españoles de tres mundos: España, América y la Muerte (2, 27). Seres de cercanas lejanías, atraídos por ambas tierras de uno y otro lado del Atlántico, que desarrollaron el veneno de un sentimiento mixto, de ambiciones complejas, de nostalgias atenuadas por la acción y la conquista. España era sentida por estos irrepitibles con un cierto *spleen*. Aunque a Gálvez, en su intensidad, resulta imposible sentirlo invadido por la melancolía sabiendo de su inagotable ambición por todo reto: cultural, militar, político, burocrático...

Durante casi el primer siglo de la Unión, Nueva Orleans fue el Wall Street de los esclavos. El estereotipo de la ciudad espejea tres siglos de pecado, mercadeo y perdición a orillas del río Mississippi, de música y danzas negras. Los negros excedentarios de los antiguos campos tabaqueros, mano esclavizada de Virginia,

Maryland o Carolina del Norte, fueron vendidos, en hileras encadenadas, para explotarlos en Luisiana, igual que se explotaba la tierra y el algodón. A lo largo de décadas, las subastas de mano de obra negra se distribuyeron por los edificios más significados. La poderosa compañía Franklin, Armfield y Ballard, siempre vendió al mejor postor. La santería se convirtió en una manera de escapar ya en tiempos de la gobernación de Gálvez. Nueva Orleans es una mezcla de creencias y supersticiones. Una de sus principales santeras vudú, María Laveau, es venerada a diario en un panteón elevado del cementerio de San Luis. Los *tours* siempre son vigilados ante el temor de que los visitantes roben objetos funerarios para usos diversos.

Antes de que la Unión tomara Nueva Orleans en 1803, Gálvez forjó, desde la capital de La Luisiana, su gran hazaña en la Guerra de la Independencia. Su pericia militar ha dejado en un segundo plano su virtud como gobernante. No obstante, Antonio Sánchez de Mora, investigador del sevillano Archivo de Indias, fuente principal del periodo español en la provincia de La Luisiana, cree que merece la pena estudiar la administración de la ciudad, “una tarea pendiente donde se descubrirían muchos aspectos de la vida política y social en tiempos de Gálvez, que también era notable” (Sánchez de Mora). Caminar por el French Quarter –siempre que se esquiven restaurantes de *seafood*, comercios de presumibles hechiceros y diversas carnes en oferta– ayuda a percibir una parte del pasado español. La herencia permanece en indubitables *landmarks* de origen hispano. Pese al maquillaje impuesto por la Unión para tapanlo, las autoridades locales están exponiéndolo cada vez con más intensidad.

La presencia de España en distintos territorios bañados por el agua del otro lado del Atlántico había empezado largos siglos atrás. El 7 de junio de 1494, con el Tratado de Tordesillas, portugueses y españoles se regalaron a medias el mundo. Lo hicieron trazando una raya sobre un mapa de ignota tierra americana. Años después, al servicio de la Corona, Alonso Álvarez de Pineda exploró por vez primera la costa del Golfo de México. Al Oeste de La Florida, España se prolongó durante más de un siglo y medio. En 1682, Francia, a través de René-Robert Cavallier, *sieur* de la Salle, se hizo con los dominios de Nueva Orleans. Aún incluso en el periodo francés, la influencia española permaneció. La ciudad siguió geográficamente influida por rasgos nacionales. Y así sucedió hasta que en 1763 volvió a la Corona de Carlos III.

Los fondos históricos no determinan con precisión dónde estaban y cómo eran las dependencias del gobernador Gálvez. Rebecca Smith, Head of Reader Services del Williams Research Center, el organismo encargado de conservar los archivos de la capital de la antigua provincia española, cree que pudiera haber vivido en la esquina de las calles Decatur y Saint Louis, junto al edificio del intendente. Aunque tampoco se descarta que al igual que su sucesor francés, el gobernador Laussat, Gálvez hubiera disfrutado de las tierras de la potentada familia Marigny,